

LA HONRA NACIONAL EN LAS EXPEDICIONES DE COOK Y MALASPINA: UNA VISION ANTROPOLOGICA (*)

POR

FERNANDO MONGE MARTINEZ

Dpto. de Historia de América. Centro de Estudios Históricos
CSIC

Las expediciones promovidas por las coronas europeas de la segunda mitad del siglo XVIII constituyen uno de los capítulos más apasionantes de la historia general de las ciencias. El desarrollo científico derivado de las mismas parece estar claramente conectado y promovido por instituciones científicas, hombres notables, circunstancias históricas y otros elementos. Es por ello por lo que el panorama no puede ser más alentador para un estudioso de las causas y móviles sociales del desarrollo de la investigación y de la profesionalización de las emergentes disciplinas científicas.

Cuando comencé a trabajar hace un año en mi tesis doctoral sobre la contribución a la antropología de la expedición Malaspina, topé con algunas causas o motivaciones más inasibles e irracionales de lo esperado. Las expediciones, especialmente las de esta magnitud, no podían ser justificadas en su totalidad invocando exclusivamente razones de índole económica, militar o científica. El miedo al expansionismo ruso en el Pacífico, la nueva actitud y posible ejemplo de los recién nacidos Estados Unidos de Norteamérica, el poderío naval británico, el contrabando en las colonias hispanas, o la defensa y conocimiento de los recursos de estas posesiones dieron razones justificadas para la organización de la expedición Malaspina. Pero todas estas motivaciones parecen difícilmente articulables desde una perspectiva totalizadora sin caer en contradicciones. ¿Es que no son suficientemente sólidos los análisis que hasta el momento hemos hecho sobre el tema?

Personalmente, no me inclino a dudar de lo realizado. El siglo XVIII, y en particular su segunda mitad, fue un tiempo carac-

(*) Publicado con variantes en *Estudios sobre la historia de la ciencia y de la técnica*. Actas del IV Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia y la Tecnología, Valladolid, 1988, t. II.

terizado por profundos cambios o revoluciones tanto a nivel social como científico. El ambiente en aquellos años era dinámico, y la *razón* era o pretendía ser en aquellos momentos el motor de todos los logros humanos. No obstante existía, como ya hemos dicho, un fuerte componente de irracionalidad en la ciencia y en la historia ilustradas. Ahora bien, ¿aparecen estas motivaciones con suficiente nitidez en las explicaciones de índole económica o militar sobre la génesis de expediciones tan valiosas para el desarrollo científico? ¿O son, acaso, dejadas de lado ante interpretaciones de espíritu más positivo o pragmático?

Todas estas, una a una, son difícilmente contestables; sin embargo, cuando intentamos integrarlas en un único programa general explicativo, surgen contradicciones e incoherencias que las convierten en un manojito de razones mal integradas y que pugnan entre sí por la supremacía. Si alegamos que son los móviles militares los que actuaron como motores de la expedición Malaspina, ¿cómo, por ejemplo, podremos explicar el deseo expreso del propio Malaspina en la publicación de la cartografía de los puertos y derroteros más adecuados para encaminarse hacia los asentamientos coloniales hispánicos? Estas y otras incoherencias surgen de la aceptación sin reservas de planteamientos tan sencillos en cuestiones tan complejas. No es que las causas referidas sean falsas, es que son insuficientes desde una perspectiva que pretenda una visión totalizadora del fenómeno expedicionario ilustrado. Es importante aclarar ahora que en ningún momento estoy descalificando o negando otras interpretaciones, sino que deseo incluir entre las mismas un factor explicativo más. Esta interpretación, si bien más general, no puede por ello eliminar a los condicionantes de otra índole.

1. *En busca de una analogía antropológica*

La clave a la que me estoy refiriendo me la dio Fermín del Pino; quien, como se puede comprobar en este mismo volumen (1) apunta al condicionante nacionalista y de prestigio como promotor de estas expediciones, así como a una interpretación más antropológica y totalizadora de este fenómeno. Asimismo, las múltiples dis-

(1) Véanse las publicaciones previas del mismo autor: "Los estudios etnográficos y etnológicos en la expedición Malaspina", *Revista de Indias*, 169-170, pp. 393-465 (Madrid, 1982); «Origen y consecuencias nacionalistas de las expediciones científicas a América desde España en el siglo XVIII», *Primer Congreso Latinoamericano de Historia de la Ciencia y la Tecnología* (en prensa, La Habana, 1985). Las analogías y semejanzas que estos artículos presentan con la argumentación que defendemos, se hallan tanto más fundamentadas cuanto Fermín del Pino es el director de la que será mi tesis.

cusiones que hemos mantenido están en el origen de la presente contribución. ¿Por qué, me planteaba él, no podemos aceptar como motivaciones reales aquellos elementos que rechazábamos en la explicación inicial? ¿Es que no son suficientemente importantes el componente irracional y los intereses nacionalistas en la explicación del desarrollo histórico y científico? Era obvio que la ciencia no podía estar aislada de este clima general. Europa se encontraba sumergida en un rito que los antropólogos denominamos con el término específico de *Potlatch*. El potlatch es una fiesta o ceremonia ritual característica de los indios de la costa noroeste de Norteamérica. En ella el jefe o representante de una tribu o fragmento de la misma invita al jefe y miembros de otro u otros grupos. Durante el transcurso de la fiesta el jefe anfitrión regala y distribuye entre los invitados todas sus riquezas, en un ceremonial de ostentación y lujo. El interés de una costumbre que obliga a los nativos a dilapidar bienes obtenidos por ellos tras muchos años de trabajo y esfuerzos es básicamente uno, el prestigio. El grupo donante, a través de su jefe, ha demostrado a sus contrincantes o invitados de potlatch que su inigualable magnificencia les convierte en líderes morales, con una jerarquía superior a los invitados. Si estos últimos quisieran obtener o recuperar un puesto superior en esta jerarquía simbólica deberán responder a esa invitación con otra fiesta donde ellos sean los anfitriones y donantes de una cantidad superior de riquezas. De este modo las tribus de este área americana se encuentran en pugna y alianza constante dado que el regalo recibido *tiene* que ser aceptado y devuelto.

La ciencia en el siglo XVIII, como hoy día, es uno de esos bienes cuya donación y divulgación confiere un prestigio inmediato al donante. Visto así es una de las mejores «armas» que las coronas ilustradas tuvieron para demostrar su superioridad moral. Los objetivos inmediatos que se derivaron de la utilización de la ciencia con este amplio criterio fueron, tanto en España como en toda Europa, de una extraordinaria utilidad para unas monarquías ansiosas de un poder centralizado y absoluto cada vez mayor. El patrocinio sobre instituciones y personas para que investigasen a expensas del rey servía como vanagloria del mecenas ante los demás competidores reales así como, con un sentido más pragmático, minaba la todopoderosa influencia de la iglesia católica en nuestras universidades. También, claro está, contribuía y promovía al desarrollo económico de la nación. Estos últimos criterios, así como la fuerte transformación ideológica que la revolución burguesa ha tenido en nuestra concepción del mundo, nos ha llevado a minimi-

zar o dejar a un lado la utilización de la ciencia en la pugna internacional por la preeminencia sobre las demás. ¿Cómo podemos explicar, si no, la asombrosa prodigalidad de medios que exhibieron las coronas en la realización de expediciones científicas, cuyos objetivos no siempre acarrearón unos beneficios proporcionados al gasto? ¿Cómo podemos justificar la airada reacción española, tanto en empresas científicas como en respuestas polémicas a la desafiantemente pregunta de Masson de Morviliers sobre la contribución española a la ciencia de Europa? Creo, con Fermín del Pino, que una de las aportaciones españolas a la polémica sobre la ciencia del país es la que el propio Malaspina proporciona en el discurso preliminar al diario general de la expedición alrededor del mundo de 1789 a 1794: «El mejor modo de dispersar las acusaciones, con las cuales á su salvo varios escritores han tachado la España hasta estos últimos años, será ciertamente el de no impugnarlos sino con los hechos» (2).

Queremos puntualizar que tanto el «desafío» de Cook, que vamos a considerar el origen de la «respuesta» de Malaspina, como esta respuesta misma, pertenecen a una cadena de expediciones, con varias naciones involucradas, mucho más amplia de lo que aquí vamos a indicar. Mencionaré pues casi exclusivamente a Cook y Malaspina con la certeza de que semejante simplificación artificial contribuirá a mostrar con más claridad un complejo proceso. Francia, a la que casi no nos vamos a referir, también entró en liza y replicó a Cook con la malograda expedición del conde de Lapérouse al Pacífico (3). O, incluso, si hubiésemos elegido un período de tiempo algo anterior podríamos, igualmente haber considerado al francés Bougainville como «retador» y a Cook como réplica. De cualquier modo ésta es una dinámica de la que la carrera espacial hacia la luna no parece estar muy distante.

Semejante dinámica de desafíos y respuestas entre las distintas naciones europeas nos ha llevado a estudiar el contexto y origen de las mismas como si se tratase de un potlatch indio. El mecanismo o esquema de actuación al que aquí nos referimos es mucho más universal de lo que una primera descripción pueda mostrar, y es mi intención perfilar este análisis ciñéndome al caso de Cook y Malaspina, utilizando para interpretarlo uno de los primeros y más completos estudios teóricos que hizo sobre el tema el antropó-

(2) Pedro Novo y COLSON, *Viaje político-científico alrededor del mundo...*, Imp. de la viuda e hijos de Abienzo, p. 46 (Madrid, 1885).

(3) Catherine GAZIELLO, en su estudio de la expedición de Lapérouse: *L'Expédition de Lapérouse 1785-1788*, C.T.H.S. (París, 1984), no duda en incluir un significativo subtítulo: «Réplique française aux voyages de Cook».

logo francés Marcel Mauss. Nos estamos refiriendo al estudio comparativo sobre los regalos, aparecido originariamente en 1923-24, en la prestigiosa revista francesa *Année Sociologique*, que ha tenido tanta repercusión en nuestra disciplina desde entonces (4).

En este ensayo quería contestar a dos preguntas que, para él, eran fundamentales en todas las culturas o sociedades del mundo. 1.º ¿Cuál es la razón que ha provocado que el regalo o donación tenga que ser obligatoriamente devuelto?, y, 2.º, como él mismo decía, «¿Qué fuerza tiene la cosa que se da, que obliga al donatario a devolverla?» (5). Mauss consideraba esta institución del regalo como un «fenómeno social total», es decir, en el que se manifestaban simultáneamente y en diferentes niveles todo tipo de consideraciones de importancia, o claves, de esta sociedad. Esto es, convertía al regalo y al mecanismo de donación en un «símbolo de la vida social» en la faceta de la vida social a través de la cual podíamos reconocer y analizar las claves del funcionamiento de ese grupo humano. Del mismo modo en que el análisis de una misa nos introduciría en los ejes de la religión católica. Sin embargo no debemos caer en la tentación de pensar que esta costumbre es importante solamente por lo valiosa que nos resulta para el análisis, ya que su valor también se basa en el propio aprecio que tienen los individuos de la sociedad que la practica.

En el potlatch —así como en otros ritos de diferentes sociedades y con otros nombres— existía un sistema pautado de regalo y distribución de bienes entre grupos, tribus o familias de un área cercana. El jefe, en representación de los individuos que lidera, invitaba a otro jefe y grupo que considerase por encima de él en la jerarquía a una fiesta —en la que el anfitrión demostraría públicamente que merece estar por encima de él— que el prestigio u honra que le es reconocido, y por tanto su posición en la escala jerárquica, no es la debida a un anfitrión como él. Para ello tiene que regalar y distribuir todos los bienes que han sido capaces de almacenar durante años de esfuerzo.

El recipiendario, a su vez, tiene que aceptar la invitación, reconocer tácitamente su «sumisión» al anfitrión, y responder al cabo de un lapso prudente de tiempo con una invitación al anterior anfitrión regalándole más de lo que había recibido, con el objeto de «recuperar» su posición social. Así, semejante sistema simétrico

(4) Marcel MAUSS, «Ensayo sobre los dones, razón y forma del cambio en las sociedades primitivas», *Sociología y Antropología*, Tecnos (Madrid, 1979). Para una valoración teórica del ensayo, ver la introducción a cargo de Luis J. Tomás.

(5) *Ibid.* [4], p. 157.

donde el que da espera recibir, y el que recibe se siente obligado a devolver, establecía, de un lado, un mecanismo de *diferenciación* de los grupos en lucha así como también otro de *alianza* entre grupos mediante la competencia; aspecto este último que considero de una importancia clave. Es decir, se crea una dinámica de cohesión social en la diversidad; de dares, recibes y devolveres que permiten el desarrollo de cualquier actividad humana y que puede resumirse en el viejo proverbio maori, que recoge Marcel Mauss, KO MARU KAI ATU / KO MARU KAI MAI / KA NGONE NGOHE, «Da tanto como recibes y te sentirás muy feliz» (6).

2. *Aplicación de la analogía a las expediciones*

Europa se hallaba de un lado unida y aliada en el desarrollo de una ciencia empírica y útil mediante la colaboración entre las diferentes ciencias nacionales. Y se encontraba, por otro, diferenciada en distintas naciones representadas por las coronas respectivas, que pugnaban por mostrar su superioridad absoluta en este campo. Del mismo modo que muchas tribus mal llamadas primitivas, nuestro continente contenía y contiene en sus costumbres muchos elementos comunes con todas las sociedades del mundo, haciendo por ello «posible entender», como decía Mauss, «estas observaciones a nuestras propias sociedades. Una parte importante de nuestra moral y de nuestra vida se ha estacionado en esa misma atmósfera, mezcla de dones, obligaciones y de libertad» (7).

Pero como «el movimiento se demuestra andando», voy a intentar mostrar este fenómeno general al conjunto de las expediciones restringiéndome solamente a dos de ellas (Cook y Malaspina), no sin antes recordar que trabajo sobre una secuencia artificial y simplificada. La iniciativa que considero como desencadenante, o la recepción y devolución por parte de los españoles de la expedición británica no serán, pues, ni las primeras ni las únicas que se dan durante estos años, pero para nosotros tendrán el valor representativo de una muestra.

(6) La traducción literal que Mauss adapta y cuya versión española ya hemos dado es: «Tanto como Maru da, Maru acepta y esto está bien, bien. (Maru es el dios de la guerra y la justicia)». *Op. cit.*, [4], p. 252.

(7) *Op. cit.*, [4], p. 246.

Primera Fase: Dar

Dar es el primer paso necesario para que la dinámica, a la que nos hemos referido anteriormente de un modo abstracto, comience a funcionar. Aunque Marcel Mauss no lo indique claramente, cuando alguien da a otro se abre un canal de comunicación entre ambos definido y determinado por la primera fase o iniciativa. A una actitud de este tipo no le correspondería, por ejemplo, una respuesta violenta. El regalado tiene que contestar en el idioma que ha elegido el donante y, además, seguir su rueda. La iniciativa en este caso se ve así favorecida y conducida por aquel que se anticipa.

Cuando en 1768 la Royal Society se dirige al rey para solicitar ayuda económica con las que pueda llevar a cabo la proyectada observación astronómica del tránsito de Venus en los Mares del Sur, le está ofreciendo a su monarca la excelente oportunidad de abrir una competencia por el prestigio nacional en el campo de la astronomía y la navegación (8). Los miembros del consejo rector de la Royal Society tocan, quizá, el punto esencial de la cuestión: no es que sea fundamental que semejante actividad científica vaya a mejorar nuestros conocimientos de navegación marítima —en especial el grave problema de hallar la longitud geográfica en el mar—, sino que esta actividad permitirá demostrar a las otras naciones nuestra precedencia o superioridad sobre ellas. Consideraciones que tal y como lo transcribe Beaglehole, son las que hicieron en su día los redactores del antedicho memorial al rey: «...varios de los Grandes Poderes en Europa —decía un significativo fragmento de ese memorial—, particularmente los franceses, españoles, daneses y suecos están realizando los preparativos para tal observación. ...Que la Nación Británica ha sido justamente considerada en el mundo erudito por su conocimiento de la Astronomía, en la cual no son inferiores a nación alguna, Antigua o Moderna, sobre la tierra; y que la no consecución de observaciones precisas de este importante fenómeno supondría el deshonor» (9).

La propuesta de la Real Sociedad no podía ser más afortunada, pues Gran Bretaña tenía ante sí un buen campo en el que competir con las demás naciones, al ser la navegación y la astronomía terrenos en los que los británicos estaban en evidente vanguardia.

(8) De hecho ya Francia había espoleado a Gran Bretaña con sus observaciones del anterior tránsito de Venus. John Cawte BEAGLEHOLE, *The Life of Captain James Cook*, Stanford University Press, pp. 99-101 (Stanford, 1974).

(9) *Ibid.*, [8], pp. 124-125. Traducción propia.

Ahora bien, establecer una competencia en el campo que se desca acarrea entre otras una ventaja adicional, aunque aparentemente contradictoria a primera vista: la corona británica puede donar a la humanidad en este terreno más que cualquier otra monarquía en la misma disciplina. Los logros obtenidos por la nación serán mucho más importantes y prestigiosos desde el momento en que ninguna otra pueda superarlos. Distribuyendo de este modo destacado su riqueza, demuestra al mundo, como veremos en el próximo epígrafe, que ellos son los más ricos. Además, ¿quién puede rechazar una contribución científica de tal magnitud?

La objeción de que la memoria redactada por la Royal Society no tenía por qué coincidir con los objetivos que el rey británico tenía en esta expedición, es tanto más sólida cuando tenemos en cuenta que en las instrucciones secretas que Cook recibiera del Almirantazgo se le encomendaba, además, la búsqueda de una supuesta Tierra Austral. Sin embargo, dicho inconveniente se diluye al fijarnos en algunas expresiones del propio Almirantazgo como contribución «a la gloria de esta nación como potencia marítima», a la «grandeza de la Corona de Gran Bretaña» (10).

Por otra parte, Price en su compilación de los diarios de Cook, apuntala la legitimidad de esta sospecha al conferir una considerable importancia al clima de competencia internacional en la promoción de la segunda expedición de Cook (1772), o a la gran expectación popular británica suscitada por la publicación del diario del primer viaje (11).

Pero continuemos aplicando el esquema de Mauss al caso de Cook y Malaspina. Hemos indicado cómo una aportación científica de gran magnitud es más difícil de rechazar, sobre todo teniendo en cuenta que no es posible rechazar lo que es realmentepreciado. Entra así en liza la segunda de las obligaciones inherentes a la contribución científica «desinteresada», la obligación de recibir aquello que es regalado.

Segunda Fase: Recibir

Independientemente de los efectos prácticos e inmediatos que una expedición científica pueda tener para la nación promotora era también inevitable, desde el punto de vista, de la política internacio-

(10) *Ibid.*, [8], p. 148. Versión española en A. G. PRICE, *Los viajes del capitán Cook*, El Serbal, p. 40 (Barcelona, 1985).

(11) *Ibid.*, [10], pp. 132-133.

nal, que la misma tuviese un efecto vinculante para los demás países. Los logros de Cook atan a los otros países y a sus exploradores dado que los beneficios de los conocimientos regalados por la corona de Inglaterra no pueden ser fácilmente rechazados. Es como si realmente las publicaciones de los resultados tuvieran una fuerza real e inherente a su propia condición de regalo. La negación o ridiculización de las ventajas conseguidas gracias a las otras coronas, y que entonces se les brindaban, resultaría difícil si no estúpida.

La competencia ya había sido establecida. Las expediciones científicas actuaban para las coronas del mismo modo en que una declaración formal de guerra no podía ser desoída por la parte agredida sin reconocer la superioridad del enemigo. La no aceptación del desafío o competencia científica supondría, según expresión de Mauss, la pérdida del «peso del nombre». Si la monarquía española o francesa no responde es, por tanto, porque no puede superar al rey británico y a sus súbditos. España, o en otras ocasiones Francia, reconocía así tácitamente su subordinación moral al reino insular.

Pero, tanto si el rey español acepta como si prescinde del que hemos denominado «desafío» británico, parece inevitable una reacción de tensión en cadena, muy característica para aquellos que se han dedicado al estudio del potlatch. Esta reacción es detectable en el diario de Malaspina y en otros de sus escritos. Alejandro Malaspina manifiesta en ellos una considerable ansiedad, sin dejar de sentir un profundo reconocimiento del valor de los diarios de Cook. De hecho, a mi juicio, su ansiedad parte de la evidente dificultad que suponía para el navegante italo-español la superación de lo realizado por el escocés. No consideramos casual que, en su carta de petición al secretario de marina de apoyo económico para llevar a cabo la expedición propuesta, mencione en primer lugar los «veinte años» transcurridos desde el primer viaje de Cook en 1768.

«Excmo. Sr.: Desde veinte años a esta parte, las dos naciones inglesa y francesa, con una noble emulación, han emprendido estos viajes, en los cuales la navegación, la Geografía y la humanidad misma han hecho muy grandes progresos: la historia de la sociedad se ha cimentado sobre investigaciones más generales (...) Al cumplimiento de estos objetos se dirige particularmente el viaje que se propone; y esta parte, que puede llamarse la parte científica, se hará con mucho acierto, siguiendo las trazas de los señores Cook y La Pérouse.»

La mención a la que nos referimos no es explícita, si bien la simple resta de los años por él indicados, y las menciones constantes

y precisas al navegante muerto en Hawái hacen verosímil mi afirmación. Además, ¿por qué Malaspina no menciona un lapso de tiempo superior que le permitiera incluir otras sonadas e importantes expediciones francesas y británicas que él conocía bien? Ni al mismo Carlos III podemos considerar libre de esta ansiedad, ya que, ¿cómo sería posible, si no, que tarde solamente un mes y unos días en contestar a la súplica de Malaspina? (12).

Ansiedad es, por lo tanto la primera reacción producida por las expediciones de Cook. Sin embargo, el nerviosismo lógico que ellas causan no es, en modo alguno, más importante que aquello que llamamos segunda reacción en cadena: la respuesta condicionada. La contestación de Malaspina a Cook y también a otros expedicionarios, aunque en segundo plano, es uno de los aspectos más importantes de esta expedición. Cook está determinando tanto la forma en que el español va a llevar a cabo su viaje, como el recorrido que desea completar: «Aquí me separo de», «aquí coincido con» o, entre otras expresiones, «he decidido no adoptar las medidas que Cook tomó en sus exploraciones» son algunas de las justificaciones que repite constantemente Malaspina. Incluso el título de algunos de sus documentos añadidos al diario general de la exploración aluden directamente al navegante de origen escocés: «Examen físico del Archipiélago de Vavao y de sus producciones y habitantes. Se individualizan diferentes puntos históricos relativos á toda la confederación de las Islas de los Amigos, desde las últimas navegaciones del Capitán Cook, y se continúa la serie importante de reflexiones del mismo navegante». De hecho, en ese mismo informe, Malaspina reconoce en Cook su «excelente pluma» y «su gran ni-miedad», meticulosidad escribiríamos hoy, «filosófica» (13).

Para terminar de considerar a ambos expedicionarios a la luz de la teoría de Mauss nos falta un último y vital aspecto del funcionamiento de la competencia por el prestigio nacional mediante regalos: la devolución del mismo.

Tercera Fase: Devolver

Es consideración general que si alguien no se quiere sentir deudor de otra persona, tiene el elegido que superar el regalo que le hace sentirse en deuda devolviendo otro don mayor. ¿Cómo, si no,

(12) La petición de Malaspina está fechada a 10 de septiembre de 1788, y la contestación afirmativa a su misiva a 14 de octubre del mismo año. *Op. cit.*, [2], pp. 2-3.

(13) *Op. cit.*, [2], p. 383.

se podría resolver la competencia sorda en la que uno ha sido involuntariamente incluido?

La expedición de Malaspina es una compleja y meticulosa respuesta al reto británico. La atención a Cook en los preparativos y desarrollo es constante y minuciosa, como ya ha sido señalado, sea para valorar sus logros y repetirlos, sea para separarse en sus objetivos mejorándolos o modificándolos por otros que fortalezcan la monarquía y dominio español. Malaspina imita a Cook, pese a decir alguna vez justamente lo contrario, en muchos de sus actos. Dice también no imitarle porque así, en cierto modo, le supera. Por ejemplo, cuando se refiere a la exploración del archipiélago de Chonos (Tierra de Fuego), pese a admitir que: «Para la navegación común, fuera bastante el conocer sus extremos más occidentales», decide nuestro navegante recorrerlas más a fondo puesto que ni Cook ni otros pudieron conseguirlo. Decía a este respecto: «...pero como quiera que el reconocimiento de esta parte no puede verificarse sin algún riesgo, y que es ya casi la única que en la superficie del globo navegable queda por reconocer, parece que el honor nacional exige este tributo de nuestra empresa» (14).

El «reto» británico, aunque sólo sea en este punto, queda superado; en otros muchos aspectos simplemente se iguala, como son los casos de la dieta antiescorbútica para la tripulación o el ejemplo que deben dar los oficiales en cumplir las obligaciones contraídas. Otras veces, en vez de igualarse se reconocía inferior a Cook, como por ejemplo, cuando decide no llevar lanchas de apoyo parecidas a las que el británico transportó consigo. Todo un compendio de sabiduría y competencia que sirve a Malaspina para reflexionar juiciosamente que su éxito es retornar vivo y con sus objetivos cumplidos: «... tal vez el ansia de imitarle más de cerca», puntualiza Malaspina con respecto a Cook, «no auxiliándonos igual fortuna, nos hubiera conducido precipitadamente y sin fruto alguno sobre las huellas, ó del desaparecido Conde de Péyrouse (sic)...», (réplica francesa a los viajes de Cook según Gaziello) (15), o de algunos otros, como no duda en enumerar don Alejandro Malaspina (16) en su discurso preliminar.

(14) *Op. cit.*, [2], p. 8.

(15) Véase nota [3].

(16) *Op. cit.*, [2], p. 42.

3. Conclusiones

Las conclusiones, a las que semejantes consideraciones pueden dirigirnos volviendo a un nivel general, nos conducen al principio de nuestra hipótesis. Ahora podemos considerar el desarrollo de las expediciones científicas ilustradas de la segunda mitad del siglo XVIII, y el desenvolvimiento de la ciencia en conjunto, como un proceso en el cual los reconocidos planteamientos militares, económicos y coloniales más pragmáticos se engarzan en una pugna generalizada por la honra y el prestigio nacional.

La ciencia fue, como hemos visto en los casos que nos han ocupado, un campo ideal para la defensa de la posición privilegiada que cada nación reclamaba para sí. En ella, en la ciencia, confluían muchos valores de importancia para el mundo ilustrado: razón, progreso económico y moral. Una serie de elementos que aunados han sido llamados «las luces», y que era para sus coetáneos lo mejor que en muchos siglos de lucha y esfuerzo se había podido conseguir.

Pero la lucha por la honra nacional aquí expuesta daba a las coronas rivales la oportunidad de aliarse mediante una competencia limitada y controlable con el objetivo de alcanzar una mejora sustancial entre los diferentes países involucrados. Objetivos que, de cumplirse en mayor medida por alguna de las coronas en pugna, conferirá a ésta el prestigio internacional de su nación como suprema bienhechora y líder de las demás naciones, y el afianzamiento del orgullo nacional de sus súbditos.

Esta modalidad de «alianza para la competencia» entre naciones que se produjo en el siglo XVIII, y se sigue produciendo hoy día en el mundo, lleva anexa a sí misma el desarrollo científico y nos permite comprender desde otra perspectiva la naturaleza de las controvertidas relaciones entre la guerra y la ciencia. Ambas, como el desafío o el regalo, están imbricadas en el desarrollo de las culturas de un modo interdependiente, sin que las unas se encuentren sometidas a las otras o viceversa.

Aunque parezca paradójico, el progreso que hemos alcanzado hoy se debería en una parte considerable al mantenimiento de un prolongado y colosal Potlatch Occidental, que se manifiesta tanto en la ciencia como en otros ámbitos sociales.